

EL TIEMPO ILUSTRADO

abriendo los brazos. Charló conmigo unos cuantos minutos y luego me dijo, poniéndome una mano en la cabeza:

—Ya ves, tengo muchos marchantes... y ya lo sabes, el que tenga tienda que la atienda... Allí te verá... esta noche irá a cenar contigo... Vete a pasear... diviértete, que haré mucho trabajo desde que te fuiste...

Al pasar frente a la botica de Meconio él que me llamaban. Allí estaban los pedagogos y Ricardo Tejeda. Me fué preciso entrar; todos se adelantaron a saludarme, menos mi amigo, el cual fingió que estaba muy engolfado en la lectura de *El Montañés*. Mancebos y maestros de escuela me veían de pies a cabeza, se miran unos a otros y sonrían maliciosamente. No dejaron de dirigirme algunas bromas.

—Ya es vd. echarro... me decía uno de los mancebos— todo Villaverde sabe que hace quince días vieron salir, camino de Santa Clara al ex-covachuelista de Castro Pérez juete en un corcel brioso, hecho un caballero andante. ¡Vaya! Déjole la pluma por la reata... Venegas y Ocaña coreaban con ruidosas carecujadas las bromas del imberbe galeno; Ricardo seguía abismado en la lectura. Después me hablaron de Gabriela.

—Ohico—repetían—lograste lo que deseabas! Estás en la arena y junto al río... ¡Buen partido! Te cayó el premio... te casarás... ¿cuándo es la boda? ¿cuándo nos das el gran día?

Me indignaban aquellas burlas; pero rechazarlas enérgicamente habría sido una tontería. Hice risa de mi cólera, y así logré que se calmara la tempestad. Luego se habló de una compañía dramática recién llegada y que esa noche daría su primera función en el Teatro Panamericano de la Vega.

—¡Trás!... me decían.—Buena compañía! Esta noche nos darán *Fé, Esperanza y Caridad*; no queda una luneta, los palcos estarán llenos y la temporada será magnífica... En aquellos momentos pasaron frente a nosotros las señoras Castro Pérez, y allí empezó la murmuración y el hacer trizas a las pobres muchachas. Ricardo dejó el periódico y salió a la puerta para ver a las señoras. Las chicas se detuvieron un instante, saludaron, y la rubia exclamó, dirigiéndose a mí: —¡Rodolfo! (con permiso de los señores)... Acompañenos hasta la iglesia... Tenemos que hablar con vd.

Me despedí del grupo y acudí al llamado de la señorita. A la sazón salía Ricardo; viole Teresa y la pobre niña se encendió como una amapola, bajó los ojos, y se adelantó. Cuando yo le tendí la mano estaba trémula y sofocada por la emoción. Mi amigo la miraba desdenoso y altivo.

No bien nos alejamos de la botica, se soltó Luisa:

—¡Conque se casa vd.! Ya lo sabemos todo... ¡Buena suerte, y gracias por el favor!... Tere está muy agradecida... ¿Vió vd. a Ricardo? Está que rabia. ¡El que se creía tan dichoso! Si estaba seguro de que le correspondiera Gabriela... ¡Buen chasco se ha llevado! ¡Muy merecido!...

—Pero, señoritas... —
—Sí, sí, no lo niegue vd. Ya todos saben que la familia le distingue a vd. mucho; que vd. y Gabriela están a partir un piñón; que el negocio está arreglado, y que tendremos boda. Será muy lujosa. Gabriela y vd. echarán el resto...

—Por Dios!—interrumpió la hermana.

Protesté contra la murmuración vilaverdina de la cual era yo víctima hacia tantos días; declaré que me indignaba que las gentes repitieran tantas mentiras, y supliqué a las niñas que no dieran oído a tales dichos.

—Pues vd. lo negará... pero es cierto que Gabriela y vd. están arreglados. Todo se sabe... Para que vea vd. que nada ignoramos lo diremos lo que aquí se cuenta. ¿No es cierto que esa niña y vd. se pasean en el jardín, solos, solitos... —
—Si es verdad... ¿y qué?

—¿Y qué? ¿Pues qué quiere decir cristiano?

—Certo que todas las tardes paseamos en el jardín, pero no solos, como vd. dice, Luisa; don Carlos y doña Gabriela van detrás de nosotros, y Pepillo nos hace compañía...

—Sí, Pepillo, como quien dice, el *bufón del Rey*... ¿Sade vd. cómo le llama ésta a Pepillo, a su cañadito de vd.?...

—No.

—¡Bigoletol!

Las chicas se echaron a reír.

Estábamos en el atrio de la Parroquia. A la sombra de los ahuehuetes charlaban y reían cinco ó seis lechuguinos. Entre ellos estaba el joven cuyo destino fui a ocupar. Oí mi nombre y el de Gabriela, y una voz que decía: —Se casarán!

—¿Es cosa arreglada!—exclamó alguno. Pareció que... Y no escuché más. Hablaron tan quedo que no parecí lo que decían. Alguna infamia...

Las señoritas Castro Pérez entraron en el templo. Yo les seguí maquinalmente...

Parece que... Estas palabras resonaban en mis oídos como los ruidos de lejana tempestad.

¡Bien sabía yo hasta donde era capaz de llegar la murmuración vilaverdina!

LIV

¡Lejos de esta gente! me dije esa mañana al salir de la casa de doña, y me fui a mi casa, a mi pobre casita, resuelto a no tratar más ni con los tertulios de la botica ni con las señoritas Castro Pérez, y decidido a no venir a Villaverde sino de tiempo en tiempo.

Después de la comida me puse a escribir. La idea de que Linilla padecía y lloraba por causa mía me tuvo inquieto toda la tarde. Cuando cerré mi carta estaba yo tranquilo. En ella le hablé francamente:

—¿A qué pensar en eso, Linilla mía? Te ama, te adora, ¿qué motivos tienes para dudar de mi fidelidad? Me ofendes cuando dices que tarde ó temprano he de olvidarte. Angelina: eres cruel conmigo, y no temas lastimar mi corazón. ¿No dices que me amas? Pues entonces ¿por qué dudas así de mi cariño? Más de una vez he oído de tu boca que soy ambicioso, que sueño con opulencias y lujos. No comprendes que con esas palabras me desgarras el corazón. Dime con toda sinceridad: ¿eres que sería yo capaz de buscar fortuna y riqueza, con poco me conformo, poco necesito para ser feliz. Una posición modesta, modestísima, rayana en la pobreza, es cuanto deseo para que mis pobres tías pasen tranquilas los últimos años de su vida, y nada más. Nada me seduce en el mundo como no seas tú, Linilla, alma de mi alma, en quien cifro ilusiones y esperanzas, en quien he puesto todo mi cariño.

—Mientras yo sueño a todas horas contigo, mientras vivo pensando en tí, tú te complaces en dudar de mis palabras, y temes que prendado de Gabriela y empujado por una ambición vergonzosa desdeñe tu amor, olvide que me amas y vives para mí, y corra en busca de un enlace que me proporcione bienestar y riquezas. ¿No piensas que me calumnias, que calumnias a tu Rodolfo? Huérfano, desgraciado, pobre, el mundo era para mí un valle de dolores; quise cerrar mi corazón a todo afecto, no amar ni ser amado, cuando te conocí y te amé. Te amé noble y desinteresadamente. ¿Qué interés podía guiarme? Te amé, y te di mi corazón; me amaste, y al oír de tus labios que me amabas se disiparon las tinieblas de mi vida, se iluminó mi alma con los esplendores de la tuya y anhelo ser bueno porque tú eras buena, y quise tener resignación como tú y la tuya, y el que poco antes deseaba morir, amó la vida, y sonó con dichas y felicidades, no esas que tú supones, sino otras verdaderas, humildes... en hogar modesto y tranquilo, ni envidiado ni envidioso, del cual tú fueras la alegría. Tú amas como yo a las buenas ancianas que ampararon mi

orfandad, ellas te aman también... ¡Qué dichosos seremos!

—A veces, por la noche, cuando todos duermen me paso las horas en el balcón, pensando en mi familia. Tengo delante el *real* solitario, la llanura desierta y silenciosa, en el fondo de la cual corre el Padregoso adormecido y manso bajo las arboledas... Me abismo en la contemplación del paisaje, te nombro, y mi alma corre hacia las montañas esas que me separan de tí, y escala las cimas, y vuela con las nubes, y va a velar tu sueño. Y me imagino que eres mi esposa; que vivimos tranquilos y felices al lado de mis tías, en una casita muy linda y muy alegre, embellecida por tí, llena de flores y de cantos de pájaros. Sueño que mi casa, hoy tan triste, está de fiesta; que tu papá ha venido a pasar con nosotros algunos días, que celebramos su cumpleaños y que todos reímos venturosos y satisfechos. Tía Carmen, sentada en su sillón y muy aliviada de sus males, nos contempla y sonríe; tía Pepilla parece una abuela bondadosa y tierna; tu papá charla y se goza en nuestra dicha; y mientras tú y yo estamos en el comedor y preparamos una sorpresa al señor sacerdote, poniendo entre los pliegos de su servilleta los retratos de la gente menuda, allá en el fondo del jardín... dos chiquitines inteligentes y guapos, muy vestidos de gala, —una niña que se parece a tí, y un rapazuelo que se parece a mí— corren en pos de un aro tintinante.

—¿Ya lo ves, Linilla! ¡Y así dudas de mi cariño!... Dime: ¿haces bien en eso? ¿Verdad que no? Mira: la señorita Gabriela vuela mucho, es muy buena, y a cada rato me haba de tí, y se queja de que tú no la quieres... Estás celosa, sí, celosa, mal que te pese, y no hay motivo para ello. Por lo contrario debe ser objeto de tu cariño. Esta familia me trata muy bien, ya te he dicho que me distinguen como no lo merezco.

—Vamos, Linilla: ¿quieres que deje yo esta casa, que pierda yo esta colocación tan cómoda en Villaverde, y que vuelva yo a ser amanuense de Castro Pérez? Tal vez ni eso pudiera yo conseguir. ¿Quieres que me vaya a la tienda de Andrés a vender con él cominos y pimientas? Responde. Te conozco y me temo que sólo así estarás tranquila. Desde luego me iría yo de Santa Clara; así quedarás contenta; pero pienso que no debo privar a mis pobres tías del bienestar que ahora les proporciono. El Sr. Fernández me quiere mucho, y muchas veces me ha dicho que él me pondrá en buenas condiciones para yo vivir tranquilo, sin depender de nadie, y es hombre que cumple lo que promete. Y entonces, Linilla, ¿qué más podemos desear?

—Dices que no dirás a tu papá que te amo y que me amas? Haz lo que te plazca. El deber y el amor filial aconsejan que no lo ocultes nada; pero, a decir lo cierto, como no tengo asegurado el porvenir me parece inoportuno que le hables de eso! Sin embargo, repito, haz lo que te parezca mejor.

—Acaso lleguen a tus oídos ciertas murmuraciones de las gentes de Villaverde. Dicen que soy novio de Gabriela. Ya me imagino quién inventó eso. Las Castro Pérez que odian a la señorita Fernández, ó Ricardo Tejeda, que ha estado muy enamorado de la niña. Hoy me le hallé en la botica, y no me habló, ni siquiera se dignó saludarme. Ellos lo inventaron y todos lo darán por cierto, y lo creerán, y dirán, como yo lo he oído de labios de las Castro Pérez, que la cosa es hecha, y que nos casaremos Gabriela y yo dentro de pocos meses. Espero, Linilla mía, que no daños oído a las murmuraciones vilaverdinas. Te confieso que tales embustes me tienen apurado. ¿Qué dirá el Sr. Fernández si llega a saberlo! Es persona de buen juicio y de mucha experiencia, pero se trata de su hija, y no le será grato saber que Gabriela y yo somos a esta fecha sobrosos platos para los vilaverdinos malintencionados; pensarás que yo he motivado esas conversaciones.

Andrés vino a cenar conmigo. D. Ramón pasó con nosotros la velada, y al siguiente día, muy de mañana, salí camino de la hacienda.

LIV

Gracias a las advertencias de Gabriela que me pusieron en guardia contra los caprichos del niño, Pepillo fué siempre dócil y cariñoso conmigo. Todas las mañanas iba al escritorio, me pedía lápiz y papel y se pasaba las horas pintando monjes y casitas. Tenía el corcovadito ciertas aptitudes para el dibujo, cierto espíritu observativo, y en dos por tres, de un rasgo, con dos ó tres líneas trazaba la silueta de un buey ó de una vaca, sus animales predilectos, predilectos porque les tenía miedo. No así con otros; había declarado la guerra a las palomas y a las gallinas, se entretenía en atormentar los insectos que caían en sus manos, y de ellas no escapaban con vida mayates ni mariposas. El gato, un gato regalón muy querido de todos en la casa hula del niño como del agua fría, sólo Lea, el terranova pacífico y bonachón, el favorito de don Carlos, le sufría paciente y resignado. El corcovadito le maltrataba de diario, aguzaba el ingenio para atormentarle, y todos los días inventaba nuevas diabluras contra el pobre animal, que cansado de las fechorías del muchacho escapaba gruñendo para volver a poco, cariñoso y sumiso, a lamerle las manos. Así quería Pepillo que fuesen con él las personas y criados que le trataban y servían; así quería que fuese Gabriela, la cual no cesaba de corregir en el niño cuanto en él observaba contrario a una buena educación. Pero el pobre niño no sufría las reprehensiones de sus hermanos, se rebelaba contra ella y la colmaba de insultos. La joven apelaba a sus padres pero estos rara vez la escuchaban.

—¿Cosas tuyas, Gabriela!—exclamaba la señora.—Nada le toleras a Pepillo! Niña: piensa que el pobrecillo está enfermo... Recuerda que es muy desgraciado...

El jorobadito y yo hicimos buenas migas; yo compadecía su miseria, y él me respetaba y me quería. A fuerza de paciencia y de dulzura conseguí que fuese amable con su hermana, y aunque de tiempo en tiempo renovaba su odiosidad, en algo mejoró las atroces tendencias del niño. Mucho me agradeció la señorita mi empeño en dulcificar el carácter de su hermano, y esta gratitud hizo que cada día fuese Gabriela más y más obsequiosa con su amigo. Me hizo una confidencia; me refirió que había estado enamorada de un joven muy rico y apuesto, más por desgracia, dado al juego y a los vicios. —¿Le quisiera mucho!—me decía entristecida.—Pero fué preciso olvidarle... ¡Olvidarle! No, aun no le olvido! Fué preciso poner término a esos amores que me eran del agrado de mi papá! Pero le confieso a vd., Rodolfo, que le quisiera mucho, mucho... Se parece vd. mucho a él. Cualquiera que los viese juntos diría que son hermanos. Una vez, acaso no lo recuerdas vd., estaba yo tocando, pasó vd. y se detuvo en la ventana. Yo no pude contenerme y corrí a la rejilla... Vd. siguió su camino... Desde ese día me simpatizó vd. Pregunté: ¿quién es ese joven? Y Angelina me dijo: se llama Rodolfo... ¿Si supiera vd. lo que pensé! ¡Sabe vd. qué? ¡A qué no adivina? Que Linilla estaba enamorada... ¡Bonita pareja!—pensé.—Ahora estoy segura de que vd. también está enamorado. Cuando hablamos de Angelina no puede vd. dominar su emoción. ¡Sean ustedes felices! Yo... no volveré a querer a nadie...

La hermosa señorita bajó los ojos y suspiró tristemente. No supe qué decir y me quedé contemplándola. Después de un rato de silencio, durante el cual me sentí dominado por la soberana belleza de la joven, murmuré: —Gabriela... Vd. merece ser dichosa.

—¿Lloro vd. muerta la más dulce ilusión? Ya renacerán en esa pobre alma dolida las flores de la esperanza. Amará vd. y será feliz!

Levantó Gabriela su gallarda cabeza y fijó en mí sus ojos. Me estremecí. Una imagen que no se aparta de mi memoria surgió de pronto ante mis ojos... Así, así me miró tantas veces la hermosa niña rubia, objeto de mi primer amor...

Dejó Gabriela el libro que tenía en las manos, y se dirigió lentamente hacia un extremo de la sala, abrió el piano, y me llamó, diciendo: —Ha oído vd. esta sonata? —Y no hablamos más aquella noche. Al acabar la pieza llegó don Carlos: —Vamos, amiguito: un partido de ajedrez... Desde ese día me persiguió a todas horas el recuerdo de Gabriela, me pasaba el día pensando en ella, y las horas eran instantes cuando estaba yo a su lado. Entonces sí que solía yo olvidarme de Angelina. ¿Amor? ¿Amor? Amor, sí, amor... ¿No ha dicho Byron que la amistad es el amor sin alas? Puse gran empeño en saber lo que pasaba en mi corazón. ¿Qué sentimiento era aquel que no me apartaba de Angelina, y que, sin embargo, me arrastraba hacia Gabriela? Me acusaba yo de infidelidad, para con Linilla, juzgaba yo sus actos uno por uno, y me hallaba yo inocente, me condenaba yo con la severidad del juez más recto; y me proponía alejarme de Gabriela. ¡En vano! No se me pasaba un instante sin pensar en ella. Era para mí luz, alegría, juvenil orgullo, primera aspiración de amor; ilusión de niño que yo creía perdida para siempre y que de pronto, aparecía delante de mí; esperanza malograda que, en vida eacada sus alas de mariposa en el fondo de mi corazón, reanimado por la luz de unos ojos azules.

Y preciso es decirlo, aunque nadie lo crea, aunque estas páginas hagan sonreír a los lectores, no estaba yo enamorado de Gabriela, no, mi corazón era de Linilla, de la huérfana tierna y cariñosa, que allá, en un rincón de la Sierra vivía pensando en mí... No sabía yo qué fuerza misteriosa me arrastraba hacia Gabriela. ¡Su belleza, su elegancia, su discreción, el fraternal afecto con que me distinguía! Acaso todo esto, y algo más, algo de lo cual no me daba yo cuenta, y que era poderoso, irresistible, secreto impulso contra el cual no podía yo luchar. ¡Y qué noches de insomnio! ¡Y qué días tan penosos! A las veces me relía de mí; sí, relía de mi locura, y maldecía yo de aquella pasión que poco a poco me iba subyugando, que me tenía infranquilo, y que ante mi propia conciencia me hacía parecer despreciable y desleal. ¡Cuánta razón tenía Linilla para dudar de mí!

Procuré dominarme, me decidí, aun a trueque de que Gabriela me creyera descoratés, a huir de ella, y me mostré durante varios días desahogado y huraño; me pasaba yo en el escritorio las horas de descanso, fingiendo ocupaciones extraordinarias, ó me iba yo, como escapado, a vagar por la llanura ó a tenderme en la hierba, bajo los árboles del río. Varias veces me llamó la señorita para enseñarme sus dibujos, y una linda acuarela pintada en obsequio mío, un ramo de violetas puesto en una copa de cristal, y tardé en acudir a su llamado; y por la noche, a la hora en que nos reuníamos en la sala, permanecía yo lejos de Gabriela, hojeando los periódicos; hasta que al fin, comprendiendo ella que algo grave me tenía pensativo y cabizbajo, me dijo cariñosamente, como una hermana que trata de consolar al pequeñuelo preferido: —Vamos, Rodolfo... ¿qué tiene vd.? ¡Esojos de Linilla!

LVI

A fin de semana recibí una carta de tía Pepa. En ella me decía que la enferma había sufrido un ataque horrible; que el Doctor se mostraba muy alarmado é inquieto, y que la cosa iba mal, muy mal.

—Yo quisiera que estuvieras aquí, en caso de una desgracia, para que me acompañes y me ayudes. Juana hace cuanto puede, la pobre ya no sirve para cuidar a un enfermo, y la criada no tiene modo. ¡Qué falta me hace Angelina! Si estuviera aquí no sería tan grande mi inquietud. No por eso vengas; Sarmiento dice que vamos bien, que el peligro pasó ya, y que Dios mediante, no hay que temer una desgracia, por ahora. Pero yo veo las cosas de otra manera; Carmen no puede

durar mucho; eso no es vivir, y de día en día la veo más débil y caída. Antes comía muy bien, pero ahora me cuesta mucho trabajo conseguir que tome alguna cosa; un trinito cuesta el que acepte las medicinas. Considerame; estoy muy acogojada; apenas duermo y vivo en constante zozobra. Don Román vino a verme, y vino también tu amigo don Quintín. Es un joven muy bueno. Me preguntó si en algo podía serme útil y si necesitaba yo alguna cosa. Le dije que no y le di las gracias.

—También visitaron las niñas de Castro Pérez, me preguntaron por tí y me encargaron que te diera memorias de parte suya y de su papá. No me simpatizan esas niñas, ya te lo he dicho. ¡Qué murmuradoras y qué indiscretas! ¡Tú dirás! La preguntaron a Carmen, sin considerar el estado que guarda, que si era cierto que eras novio de la señorita Fernández y que te ibas a casar con ella. A mí me dió mucha cólera eso; porque comprendí que sólo por averiguar y saber la verdad habían venido. Se estuvieron aquí más de tres cuartos de hora, charlando como unas cotorras. Si vuelven, que no volverán, se quedarán en la sala, y por nada de esta vida les dejaré entrar en la recámara.

—No te inquietes ni te aflijas; si hay algo grave te escribiré para que vengas. Sarmiento me ha ofrecido decirme la verdad. Ayer le escribí a Linilla con unos músicos que fueron a San Sebastián a tocar en los oficios de la Semana Santa. ¡Qué Semana Santa voy a pasar, hijito! Y yo que deseaba ir a todo. Va a predicar un padre nuevo; dicen que lo hace muy bien. *Las siete palabras* van a estar magníficas. En la casa de Castro Pérez están ensayando el *stabat Mater*.

—Pero a nada de eso iré yo. El pobre de Andrés viene todas las noches, luego que cierra su tienda, y dos veces se quedó acá para acompañarme. A mí me agrada eso, porque así no estoy tan sola, y si se ofrece algo hay quien vaya a la botica ó a llamar al médico; pero temo que una noche, mientras él está aquí pase algo en la tienda.

—Tengo la esperanza de que Angelina venga con el Padre, luego que pasen los días santos. Dios lo haga.

No quisé enseñar esta carta al Sr. Fernández, ni hablé de ella; pero Gabriela que me vió pensativo y triste inquirió la causa de mi abatimiento, y yo le conté todo.

—Pues dígaselo vd. a papá!

Me negué a ello, no era necesario. Más tarde sería preciso ir, cuando la situación fuese verdaderamente grave.

Así las cosas llegó el Miércoles Santo. La familia se fué a Villaverde, y sólo nos quedamos en la hacienda el mayordomo, yo, y Mauricio; el caballero y un muchacho muy simpático y muy servicial. Iba a la ciudad todos los días, muy de mañana, para traer noticias de la enferma. El peligro había pasado, tía Carmen mejoraba, las cartas que recibía yo eran satisfactorias.

Gabriela volvió el lunes de Pascua. ¡Dichoso el momento en que la ví! Aquellos cinco días de ausencia fueron siglos para mí. ¡Cómo eché de menos a la joven! Recorría yo la casa en busca de ella, me iba yo a vagar por el jardín, imaginándome que allí la encontraría, y tornaba yo a mi cuarto desconsolado y abatido. El piano, la mesa de dibujo, los periódicos que Gabriela leía, las plantas que ella cultivaba me hablaban de la joven, y á solas en la sala me complacía yo en recordar sus palabras, en cerrar los ojos para fijar en mi mente la imagen de la niña.

Y sin embargo aseguro que mi corazón era de Angelina, porque á veces, en mis ensueños, no veía yo a Gabriela, sino á Linilla, á Linilla que me miraba tristemente, como si fuera á decirme: —¡Ingrato! Por qué te olvidas de mí! Aquello era una locura, un delirio, algo como un hechizo que me dominaba y me poseía.

Me decía yo: —Estás enamorado de Gabriela... Y mi corazón contestaba que no, que no. Jamás me hubiera atrevido á murmurar en